

RUTAS VALENCIANAS DE SOLER CARNICER, PIONERAS EN UN GÉNERO DE ÉXITO

Jaime Millás

Escribir sobre los dos volúmenes de *Rutas valencianas* editadas por el diario *Las Provincias* en 1963 y 1964 significa referirnos, posiblemente, a los primeros libros que José Soler Carnicer pudo situar en las primeras líneas de su largo e intenso listado de obras publicadas a lo largo de su vida. Desde que el 6 de octubre de 1956 el diario decano estrenara una nueva sección de huecograbado, unas atractivas páginas color verde destinadas a recoger los viajes de Soler por nuestras tierras y paisajes, los dos libros que voy a comentar ya estaban en ciernes. El éxito de la sección, que registró 118 entregas semanales, se alcanzó rápido en los últimos años de la dirección de Martín Domínguez al frente del periódico, y continuó cuando fue sustituido por José Ombuena en 1958.

Desde mi punto de vista en estos libros, que recogen un conjunto ordenado de 30 rutas, el autor ya marca un estilo informativo, literario y turístico que en los años ochenta tendrá su versión ampliada y en valenciano en los tres volúmenes editados por Tres i Quatre. Las 53 rutas que recogen estos tres libros fue un paso más en el exigente camino de ediciones emprendido por Soler Carnicer en aquellos años. Todo aquel esfuerzo informativo y documental dará como resultado, poco después, su gran obra de madurez, los cuatro volúmenes de *Nuestras tierras*, editados por Vicent Garcia Editores, y un quinto volumen, *Nuestros pueblos*, que en cierto modo representaron la puesta al día de las observaciones del naturalista Cavanilles y de otros reconocidos viajeros y cronistas de nuestra tierra.

Los libros de rutas, en el marco de las ediciones de viajes y turismo, constituyen un género que siempre da buenos resultados de lectura.

En cierto modo se adaptan al frecuente uso social del viaje doméstico en coche privado y en salidas en moto para desplazarse por el país en el que se trabaja y se vive. En los años 60 se hablaba de los domingueros que podían coger su Vespa o subir al Seiscientos para conocer de manera autónoma, sin depender de nadie, destinos valencianos alejados de la ciudad donde residían.

Hasta entonces los autobuses y las líneas de tren cubrían el transporte del destino de los excursionistas como Soler Carnicer, que después para llegar a su objetivo final completaban el itinerario con marchas a pie.

Para la redacción de las rutas que estoy comentando uno de los propietarios del periódico, Enrique Reyna, le ofreció una solución pues Pepe no disponía de vehículo: coger la Vespa que tenía parada en el garaje hasta que el escritor pudo comprar un Dos Caballos. Lo cuenta en la edición privada de *Todo empezó en la Fonteta* (Sergraf Integral, 2013), una pequeña autobiografía ilustrada y novelada.

En la actualidad estos libros van destinados a viajeros de fin de semana o puente festivo que se desplazan en sus coches para conocer al ritmo y con la libertad que les apetezca las tierras que desean descubrir. Son, además, libros que se organizan de acuerdo a la red viaria principal y secundaria para alcanzar con comodidad los rincones recomendados.

Descubrir país

En el prólogo del primer libro, Martín Domínguez elogia el éxito de la sección de rutas que él puso en marcha porque “era un indicio consolador del resurgimiento de un patriotismo local nutrido no por vagas y abstrusas nebulosas de tópicos románticos, sino por el pan y la sal directísimos del ansía de conocer y recorrer la tierra propia”. Antes describe al autor como “salido de ese mundo entusiasta, puro y ejemplar de los excursionistas valencianos, merecedores en todo de ser compatriotas de Cavanilles”.

Precisamente en la década de los sesenta España comienza a abrirse al turismo internacional y los españoles también empezamos a interesarnos por descubrir los parajes poco conocidos de la tierra, la patria, el país en el que vivimos.

El autor aprovecha la publicación de los libros que estamos reseñando para revisar el material informativo presentado en las páginas del periódico, marcado siempre por las limitaciones de espacio que establece la maqueta y por la urgencia de no poder retrasar la cita periódica con el lector. “La transcripción íntegra del texto periodístico no me ha parecido adecuada, ni oportuna”, precisa el escritor. De modo que refundir y ampliar textos son tareas imprescindibles que Soler asume para dar al libro la voluntad de permanencia y largo uso con el que se edita.

Cada ruta está marcada por un primer gráfico que indica la longitud del recorrido, el itinerario principal y los lugares interesantes. A continuación, el dibujo del viaje sobre un mapa ayuda a convertir el volumen en compañero informativo al que se consulta directamente en ruta, mientras el copiloto va leyendo las indicaciones y consideraciones del autor. Pepe Soler acostumbra a poner en cursiva en la cabecera de la ruta una reflexión subjetiva sobre el ambiente social y paisajístico que el viajero va a encontrar en el itinerario elegido. Luego, el texto general se divide en diferentes apartados que marcan zonas comarcales diversas. A lo largo del capítulo numerosas fotos anticipan la experiencia de lo que el viajero muestra curiosidad por conocer. También pequeños planos insertados en el texto ayudan a una lectura parcial y básica de fragmentos del mapa general situado al inicio del capítulo.

Trabajo de equipo

En definitiva, el autor reúne en una maqueta inteligente y eficaz todos los elementos informativos necesarios para hacer atractiva al lector la propuesta viajera, que incluye también tramos a pie por montaña, y todo ello gracias al trabajo de varias personas a las que el autor agradece de corazón su colaboración: archivos fotográficos

de Luis Dupuy, Vicente Ferris Garcia, Centro Excursionista de Valencia, entre otros; planos y dibujos de Vicente Izquierdo y el equipo técnico de la imprenta donde se trabajó el libro, los talleres tipográficos de Papelería Vila.

El contenido de las primeras 16 rutas arranca en la planicie de la huerta de la capital regional, para extenderse a continuación por el litoral sur hasta Santa Pola y por la franja litoral septentrional hasta Peñíscola. Luego los destinos propuestos se adentran por las cuencas fluviales de los ríos Palancia y Turia, ascienden a las sierras del Benicadell, Mariola, Espadán, Aitana y El Maestrazgo, para volver después a cotas más bajas, a los naranjales de la Ribera del Xúquer, y a las tierras productivas del Vinalopó. Soler Carnicer cierra el sumario del libro con la Calderona, la sierra más cercana a la ciudad de Valencia, un homenaje a las cuatro cumbres valencianas que la nieve primero visita en nuestra región y un índice toponímico para localizar fácilmente donde se encuentra la información.

En estos libros el autor nunca olvida sus orígenes de montañero, de excursionista de mochila, botas y piolet, que antes de desplazarse en coche o moto empleó sus propios pies, los autobuses de línea regular e incluso la bicicleta para alcanzar los objetivos de sus excursiones. Así que su pretensión es afirmar que nuestro territorio valenciano, más allá de los tópicos de su huerta, sus flores y sus playas, tiene mucha superficie ocupada por montañas, sierras y pueblos situados en cotas desafiantes, escondidas y poco conocidas.

La relación con la orografía y la realidad geográfica, con el paisaje de la naturaleza, es prioritaria en el trabajo de campo que realiza Soler. Actúa como un exigente excursionista que cuenta lo que ve, estructura la ruta de acuerdo a la lógica interna de cada paraje. Considera el itinerario como una sucesión de cuencas de ríos, o cursos marcados por generosas fuentes, y de sierras, cumbres y picos que determinan los espacios de asentamientos urbanos y de

culturas antiguas (romanos, iberos, árabes) que se apropiaron del territorio para transformarlo en productivo y seguro.

En la justificación del libro habla de la metamorfosis que ofrecen los elementos iconográficos del paisaje valenciano al viajero que, desde el interior de la meseta castellana, cruza nuestra tierra para alcanzar el Mediterráneo: primero encuentra pinos, luego viñedos, algarrobos, olivos, naranjos, productos de la huerta, acequias de agua dulce, flores, arroz y agua de mar. Una bella descripción de la dualidad montaña-playa que nos define.

El recorrido de cada ruta se adapta al trazado de la red viaria principal y comarcal y establece una distancia kilométrica que a veces parece excesiva para consumir en una sola jornada, si se piensa en las pocas prestaciones que ofrecían los vehículos de aquellos tiempos. Este criterio de potenciar las rutas de tráfico más habitual marca necesariamente dejar fuera del libro a poblaciones y paisajes de notable interés. Pepe Soler lamenta este hecho al escribir el prólogo del segundo volumen cuando cita los nombres ausentes de Benasal, Busot, Lucena del Cid, Biar, Alpuente etc. Creo que compensó después con creces esos olvidos involuntarios, en especial al escribir sobre el patrimonio artístico y datos geográficos de todos los municipios de nuestra comunidad autónoma en el libro *Nuestros pueblos* (1987).

Segundo volumen

El éxito de ventas alcanzado con el primer libro animó al periódico a publicar el segundo volumen de *Rutas valencianas* en 1964. Si el primero estuvo dedicado a la memoria de su abuelo paterno, este lo dedicó a sus padres que “fuera de ella, me enseñaron a querer a Valencia”. José Soler había nacido en el barrio de Ruzafa pero por represalias del franquismo contra su padre, que había sido comandante republicano, la familia vivió fuera de su tierra, en Asturias, varios lustros.

Esa biografía menos conocida de nuestro querido autor recuerdo que afloró cuando le presenté hace unos cuantos años su novela

breve *La guerra no terminó el 1 de abril de 1939*, ganadora del premio Villa de Chiva 2003. Es una historia de amores truncados por la contienda española, con el conflicto social que para muchas familias significó tener a sus allegados como presos políticos destinados a construir la presa de Benagéber después de la guerra civil. En las dos dedicatorias de sus primeros libros late, por tanto, el pulso de un sentido homenaje al sufrimiento de sus mayores.

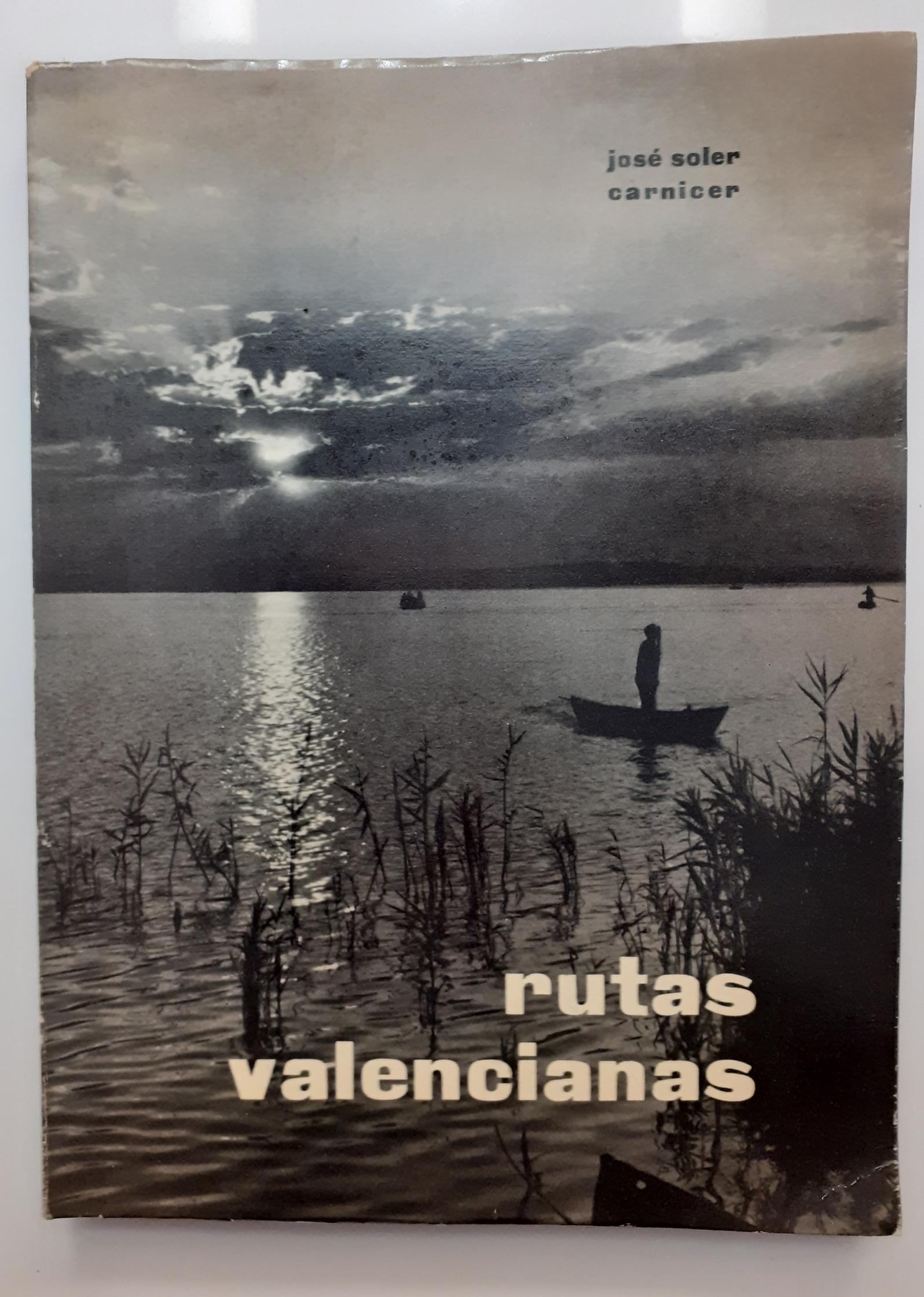
La portada está dedicada a los característicos picos del paraje Els Frares de la Serrella, de Quatretondeta. Una foto de Jarque, tratada técnicamente en el laboratorio, permite al autor responder a la pregunta que fue título de uno de sus primeros artículos en prensa: *¿También hay montañas en Valencia?* La franja litoral, llana, productiva, habitada, siempre se llevaba la palma informativa cuando se hablaba del paisaje valenciano. Pero Soler Carnicer trabajó incansablemente por popularizar la diversidad y los contrastes geográficos valencianos, equiparó el amplio paisaje de interior y de montaña con el tópico universal de Valencia, huerta, sol y playa.

Por esta razón, las 14 rutas de este segundo libro constituyen un gran homenaje al interior de montañas, picos, viñedos y frutales. Comienza con una ruta por los pantanos situados en el curso medio de los grandes ríos, se adentra en el vergel de la Hoya de Buñol y sigue por las cuencas del Magro y el Xúquer hasta la Canal de Navarrés. Volviendo a las comarcas del norte desciende desde la altura de Morella por pueblos del Maestrazgo hasta el litoral. Las siguientes rutas recorren el valle del Mijares, tierras de la provincia de Castellón bastante escondidas. Buscan las altitudes más escarpadas del interior alicantino para hablar de sierras y ciudades: Bernia, La Serrella, Gallinera, Mariola, Carrasqueta. El libro recorre, a continuación, las cotas más apacibles de la vega del río Segura, y se acerca al final de su índice haciendo un homenaje a la popular Sierra Calderona y al eje viario noroeste que parte desde la capital del Turia para recorrer los parajes de Los Serranos y Rincón de Ademuz, y pisar el Pico Calderón, el más alto del paisaje

valenciano, por una diferencia de escasos metros con el Penyagolosa.

El director de *Las Provincias*, José Ombuena, reconoce en el prólogo del segundo volumen el sentido empírico y la veracidad con que el autor escribe sus rutas: “Viaja y cuenta lo que ve, tal como lo ve, haciéndonos la merced preciosa de un inventario fiel de pueblos y paisajes”. Esta gran dosis de realidad determina mucho su estilo literario, preciso, objetivo, descriptivo, con vocación de permanencia, sin adjetivos innecesarios. En todo momento Pepe Soler evita una información rápida y utilitaria como la que hoy en día define el género viajero de las rutas o escapadas de fin de semana. No ofrece datos sobre alojamientos y lugares para comer, tampoco habla de la vida comercial porque la considera una información efímera y en esa época innecesaria.

La difusión y reedición que tuvieron ambos libros, editados por *Las Provincias* en su colección “Geografía vivida”, demuestran que el autor supo empezar en los años sesenta con determinación e inteligencia su dilatada trayectoria de reconocido escritor de viajes y turismo.



**josé soler
carnicer**

**rutas
valencianas**

rutas valencianas



tomo II

josé soler carnicer